

Cornelio Hispano

A Víctor M. Londoño, que tanto ama las cosas del Cauca.

I

Complicada y exuberante, como su naturaleza tropical, es la psicología del pueblo caucano. La naturaleza *valluna* parece ser la síntesis de todo lo bello y grande que Dios distribuyó sobre la haz de la tierra: allí se agitan en lo político las más contrarias tendencias, y en la vida intelectual contemplamos, en la más varia escala, desde el analfabetismo total hasta el ápice de la cultura más refinada y científica. Muchos de nuestros hombres, de letras particularmente, honrarían los más afamados centros de Europa. Cornelio Hispano pertenece a este grupo.

Quienquiera que visite *El Jardín de las Hespérides* se sorprenderá al encontrarse súbitamente introducido en un huerto, ubérrimo y feliz, de la Atica, y al escuchar las rubias abejas del Himeto, de grato murmullo, mientras acendran su miel entre la fronda de *el álamo*, *el olmo* y *el sauce*. Parece que este exquisito poeta hubiera nacido, como Jean Moreas, en Atenas, y que enamorado del canto musical y dulcísimo de las aves que moran bajo los cielos dorados de España y sobre la tierra opulenta de los trópicos, hubiera deseado celebrar con esas espléndidas orquestas la grandeza inmortal de la madre Grecia.

Como don Miguel Antonio Caro, el Cornelio Hispano de *El Jardín de las Hespérides* es un hombre del Renacimiento, y así como el Bembo "hubiera sentado a su mesa" al insigne Caro, el bardo caucano hubiera brillado en la corte florentina de Lorenzo el Magnífico. Con los poetas del Renacimiento florentino lo une su amor por la belleza antigua en su fórmula más lata, pues abarca el ideal estético lleno de serenidad de la gran época, en que "eran inseparables del concepto del arte la idea de la belleza y la noción del amor," como enseña Platón, junto con las complicaciones y refinamientos del período alejandrino.

Es una Helenia viva y joven la que resucitan los poemas de Cornelio Hispano, porque ha sabido vivir de corazón esa vida

que Nietzsche consideraba como el ideal de perfección que es darle alcanzar a la humanidad, y no el catálogo de caricaturas mitológicas de los que sólo logran copiar la forma sin apropiarse el espíritu. Hispano aduna a estas cualidades otra olvidada por los hijos del Renacimiento y que constituye una de las grandes reconquistas del romanticismo, y es el sentimiento auténtico de la naturaleza. Esta nota forma uno de los grandes méritos de *El Jardín de las Hespérides* y es la cualidad relevante de las *Elegías caucanas*, en las cuales realiza aquel sentimiento del paisaje y fidelidad en el detalle, que entre los contemporáneos he encontrado en Francis Jammes y que han sido tan bien caracterizadas en el estudio admirable de Jean de Gourmont.

En la *Leyenda de Oro* y en las *Elegías* el poeta deja la copa de ónix en que brindó por los dioses, ya para ofrecernos un espumante *vaso del bon vino* que vendimió el maestro Gonzalo de Berceo, o para llevarnos a gozar de una orgía de los sentidos a la *tierra de Jorge Isaacs y de María*.

Ya no es el pagano que canta regocijadamente la edad de oro o la opulenta belleza de las vírgenes de Lesbos; que acompaña los coros trágicos de Sófocles, que conjura con su flauta las ninfas del Cauca, o sorprende la vejez de Sileno; o nos dice el epitafio de Meleagro; sino el cristiano relajado del Renacimiento, que llora la muerte de los dioses, al propio tiempo que nos reza en páginas áureas la vida y la enseñanza austera del gran padre de la Iglesia occidental, con la ingenua sencillez y la fresca gracia de las *prosas del mester de clerecía*. En las *Elegías* nos dibuja en deliciosas acuarelas y en lienzos dignos de Millet la idílica tierra caucana.

Cornelio Hispano, cuya cuna fue arrullada, como la de Ismael Crespo y Rivera Garrido, por el canto apacible del Guadalupe, como todo vallecaucano, lleva esa *tierra del alma*, que cantó Carlos Villafañe, allá en el fondo del corazón, y por eso supo reproducirnos con todo su ingenuo encanto nuestra vida en la naturaleza y nuestra naturaleza toda vida, en poemas, frescos como la sombra de las *bellisimas*, claros como los remansos de Amaime, sencillos y francos como la vida campesina, dulces y fragantes como una piña madura, graciosos y sanos como las mujeres criollas, regocijados unos como una becerrada en un

atardecer de verano, y otros tristes, muy tristes, con la tristeza vaga de María y de todos los hijos del Valle.

Juzgo oportuno hacer notar que el cristianismo de Hispano es meramente poético y no fruto de un creyente, como se pensara al leer la *Leyenda de Oro*, pues aparte de algunas interpretaciones heterodoxas en que se desvía del espíritu del santo, nuestro poeta parece que tuviera como credo estético aquellos consejos que da a sus discípulos Charles Van Lerberghe, el exquisito simbolista de la *Chanson d'Ève*, que dicen en la traducción de Fernando Fortún:

.... corta siempre de todas las cosas
tan solo la flor;
y deja colgando el fruto en las ramas . . .
Canta y no pienses jamás.
Toda ciencia es vanidad:
ama sólo la belleza.
La belleza para ti sea toda la verdad.

Y el propio Hispano nos lo dice claramente en *Urna griega*, cuando exclama:

Belleza es verdad; verdad, belleza!

Cornelio Hispano canta la vida de San Jerónimo porque le pareció digna de una magnífica *prosa*.

Al seguir la inmensa curva luminosa trazada por la obra de Cornelio Hispano, creo que los verdaderos poetas resumen en sí la potencialidad de una raza y sintetizan su evolución; de allí su intuición evocadora de las edades pretéritas que adivinan por recóndito atavismo. Este hecho me explica cómo Cornelio Hispano ha podido presentarnos tres momentos tan diferentes de la civilización y la vida de la raza latina en su *Jardín de las Hespérides*, la *Leyenda de Oro* y las *Elegías Caucañas*.

II

EL JARDÍN DE LAS HESPÉRIDES

El *Jardín de las Hespérides* (1) constituye una nota nueva en la literatura americana, porque hemos tenido grandes apasio-

(1) Bogotá, 1910.

nados por las letras latinas, pero Cornelio Hispano es el primero entre nosotros que volvió los ojos a la Grecia clásica; pues la Grecia de Rubén Darío, como bien lo hizo notar Blanco Fombona, no es "siquiera la Grecia resurrecta del Renacimiento italiano, sino una Grecia delicada, llena de *mignardises* francesas, donde triunfan las diosas de Clodión sobre las diosas de Fídias"; a pesar del pronunciado sabor heleno de *Palimpsesto* y de *Friso*. Guillermo Valencia, que ha dejado su zarpa de león en todas las modalidades literarias por él cultivadas, supo reproducirnos con toda su luz y su miel el maravilloso *Cuadro de Zeuxis* en versos de ejecución ática, y la oda XXVIII de *Anacreonte* encontró en él su mejor intérprete. Pero estas dos muestras son más bien un ejercicio de la asombrosa flexibilidad del gran maestro caucano que fruto de su permanente estado de alma, pues ya Sanín Cano mostró que Valencia se hermana de preferencia con el espíritu de la época alejandrina.

La originalidad de Cornelio Hispano en el *Jardín de las Hespérides* estriba, no en la invención de la fábula, puesto que sus motivos y temas son tomados generalmente, ya de los escritores griegos, ya de los espíritus modernos que más se les acercan, como André Chénier, Leconte de Lisle, Leopardi y el malogrado Mauricio de Guérin, pero sabe casi siempre dar a sus arreglos e imitaciones toda la originalidad de que es susceptible el género, por el soplo vital con que resucita la vida griega, presándole todas las ternuras de su corazón y todas las exquisiteces de su espíritu, dando a sus relatos un sello personal inconfundible. Ya don Rufino J. Cuervo nos dijo que habría descubierto el velo del pseudónimo, aunque no hubiera aparecido en *El Centauro* (1).

Es Heredia quien nos introduce al *Jardín*. *El Olvido* decora su pórtico con un frontón digno de Fídias. Después de tal presentación, el poeta nos expresa su fe poética, y entona un ditirambo a Chénier, su maestro y su guía, al propio tiempo que condensa con admirable concisión toda la grandeza griega. Inmediatamente después el poeta nos introduce a los dominios de HÉSPERA. Allí, deliciosamente recostados a la sombra del álamo de la

(1) En la edición de *El Centauro* de 1906 aparece el nombre de pila del poeta: Ismael López.

leyenda, hace desfilar ante nuestra vista momentos de la vida de los dioses, cuando

... aderezaba la tranquila cena
madura vid de las incultas frondas,

y los labios divinos no despreciaban la miel de las bocas de las vírgenes, o canta tiernamente el recuerdo de los viejos poetas, o nos refiere las mágicas leyendas de tiempos mejores. *Edad de oro* y *En aquel tiempo* me dan la impresión de dos bajos relieves antiguos. El tema era en extremo peligroso, ya que fue tan favorecido por los viejos poetas, y forma una de las más sabrosas páginas de Cervantes, pero Hispano supo salir con donaire de la lid. Creo, no obstante, censurable la introducción de la voz *leimotivos*, que disuena con el sentido arcaico del poema y parece más bien introducida por las exigencias de la rima.

La vejez de Sileno nos muestra al sátiro, no en su juventud, cuando atrevido y vicioso solía sorprender a las ninfas incautas con la audacia de sus palabras y las llamaradas de sus ojos, y alegre compañero de Dionisio, no ignoraba las delicias del vino; nos lo pinta cuando, en las desolaciones de su vejez obesa, ya sus astas duras

Nadie ornaba de flores ni de ánforas su mesa,

y viejo y olvidado va a llorar su abandono a las grutas oscuras. Mas las ninfas, no del todo ingratas, acuden a consolar la agonía de su vinoso y apasionado flautista :

Pero un día el vinoso flautista de las diosas
sintió el último beso de la melancolía
y las ninfas más bellas le ciñeron de rosas.

De exquisito sentimiento este soneto, deja su rasgo final vibrando en mis oídos con el zumbir de las abejas de Jonia.

Anacreonte semeja una lección, a la sombra de una parra, de Meleagro de Gadara, que tan bien supo apropiarse el espíritu del "padre de la sana alegría." En *Adiós a Mileto* llora la bella Aspasia su amada ciudad al compás de los remos, mientras la galera se encamina hacia Eleusis. Entre el conjunto armónico del soneto resaltan por su gracia idílica los alejandrinos :

... más dulce que las viñas,

mi acento es suave acento y son blancos mis senos
como los corderillos que pacen tus campiñas.

El *Exvoto a Lais*, rebotante de ternura y pasión, merece ser grabado en el cipo de la tumba de la cortesana. El dulcísimo soneto *Epicuro* nos da la clave de la concepción de la vida que se ha formado el poeta.

Paso por alto su sereno soneto sobre la *Muerte de Aminto*, y apenas me detengo ante *¡Oh patria!*, monumento tallado en mármol de Paros, en honor de los dioses vencidos. Creo que Heredia lo hubiera con gusto prohijado. Este es uno de los muchos sonetos de Cornelio Hispano que conservan el peculiar sabor de los luminosos alejandrinos de *Les Trophées*. *Nausicá* nos recuerda la imagen hechicera de la hija del rey de los feacios, en versos que participan del encanto del relato homérico de la Rapsodia VI de la *Odisea*. Lleno de fuerza evocadora es el grupo magnífico de *Las Gorgonas*, y *El aileta* es un adiós digno de ser puesto en boca de la estatua que nos pinta Alceo.

Donde mejor podemos apreciar el procedimiento de Hispano, en *El Jardín de las Hespérides*, es en el celebrado *Lamento de Safo* (1). Para que se palpe la diferencia compárese la bellísima adaptación de Hispano con la muy fiel y maravillosa traducción de Leopardi:

Oscuro è il ciel : nell' onde
La luna già s'asconde
E in seno al mar le Plejadi
Già discendendo van.
E mezza notte, e l'ora
Passa frattanto, e sola
Qui sulle piume ancora
Veglio ed attendo invan.

LAMENTO DE SAFO

Ya no vendrá esta noche; en vano espero
presa de honda amargura hasta la aurora;
se ha ocultado la luna, ni un lucero
riela en el fondo de la mar sonora.

Es tan dulce querer como yo quiero,
mas él quizá, quizá ya no me adora,
y en este instante con amor sincero
se entrega a otra más bella embriagadora.

(1) Vide D. A. Balbín de Unquera en su obra sobre don A. Bello, página 147.

Ya no vendrá, ni le verán mis ojos
como otras veces enjugar mi llanto
y besar sin cesar mis labios rojos.

Ya no vendrá, fue vana mi plegaria,
ha pasado la hora, y yo entre tanto
languidezco en mi lecho solitaria.

Tallada en bronce está la *Estela de le Conte de Lisle*. El soneto reproduce en gallarda síntesis la obra vasta del inmortal cantor de los *Poèmes antiques*, que supo devolver su nombre y espíritu a los dioses, en su impasible y pulido bloque de mármol pentélico.

En *Nostalgia* glosa un deseo de Chénier, y en *Arsinoé* nos hace una deliciosa anacreóntica. Con el amor de un *cicerone dilettante* nos muestra el *Epitafio de Meleagro*, cuyas horas

A los Amores consagradas fueron.

La *Estrella de la tarde* es un idilio al modo de Mosco, y canta en *Alción* al ave hija del mar azul y del viento en un canto lleno de sentimiento y de inspiración sostenida. Ya el gran Eurípides, en su *Ιφρυγενεία* saludó al ave infausta en los hermosos versos que sirven de epigrafe al poema.

Elegía doliente y patriótica son las *Últimas palabras de Fidias*, canto de cisne del divino estatuario cuando, al expirar, ve el derrumbamiento de la grandeza griega. *La paz* es una bella interpretación de la oda de Baquílides, aunque Hermosilla hubiera podido discutir acerca de la propiedad de los términos *juegos florales*.

Para mí, *Oaristis*, bella joya de antología, supera en gracia y ternura a los demás idilios de la colección, aunque me parece impropio el símil del segundo cuarteto. La escena tiene lugar en las floridas márgenes del mar de las Sirenas. En el pomar, al pie de una reja que las adelfas y claveles apenas dejan adivinar, coronado de laureles, el joven vencedor busca los brazos de su amante.

Era yo entonces joven y morena :
como el múrice, así mis labios rojos,
como la mar inmensa, así serena,
como el éter azul, así mis ojos.

En las noches perfumadas, mientras gemía en el misterio una dulce lira eolia, la joven besaba apasionadamente las sienes consagradas

por el fértil olivo de Corcira,

besaba sus labios encendidos por el fuego abrasador de las sonrisas,

sus labios, embriaguez de mis sentidos,

salados por las brisas marinas. El, en cambio, acariciaba la crepa cabellera de su amante con sus manos blancas,

manos fragantes cual la Arabia entera.

Pero una tarde partió el amoroso vencedor en una nave de velas escarlatas, y la amante va a preguntarlo, en la desolación de la ribera, a las olas del mar :

Una tarde le vi partir: Las brumas
cubrieron la cripiota nave amada...
Yo vengo a preguntarlo a las espumas
y jamás ellas me responden nada.

Y aún aguardo en la playa su galera
de velas escarlatas; brisa suave
devuélvala feliz a esta ribera,
torne a mí presurosa como un ave.

Bien traducido está el *Himno de Harmodio y Aristogitón*, y *Epitalamio* y *Versos fesceninos* (Epit. de Galiano) representan lucidamente el bello género lírico, cuyo tipo es el *Carmen LXII* de Catulo :

Vesper, adest, juvenes consurgite.

En Lesbos es un idilio realista en demasía que tuvo un ceño de reproche en la frente austera de patriarca de don Rufino J. Cuervo. Es de censurársele a Hispano el excesivo realismo que ostentan algunos de sus cuadros, pues perdonamos a los autores antiguos sus excesos naturalistas, atendiendo a su peculiar cultura, pero hoy son inadmisibles a causa de lo arraigada que se encuentra entre nosotros la idea del pudor, debido a la influencia cristiana.

ERITEIS. Es un ambiente crepuscular y fragante el que disfrutamos al amparo del *olmo*.

Admirable de sentimiento y dulzura es el *Epigrama funeral*, consagrado a la memoria de Lais, y me encanta el desarrollo del mito de Datne; de serena inspiración es el *Carmen de los sepulcros*; bella es la *Urna griega*, aunque prefiero la hermosísima oda clásica *A una ánfora antigua*, de mi gran amigo don Luis María Mora, que aparte de la diferencia de objeto, presenta mejor la armonía del conjunto. El *Carmen de la Cigarra* es para mí el mejor poema de esta segunda parte del libro. El poeta supo fundir con refinado gusto el idilio de Meleagro y la primorosa odita anacreóntica (XLIII).

Μαχαρισομεν σε τεττιξ

No prescindo de copiar el cuarteto que traduce lo mejor de la anacreóntica:

Tú los dorados cármenes de Ceres
encantas con tus notas estivales;
sin entraña carnal, ni sangre, eres
semejante a los dioses inmortales.

En el *Carmen de la Rosa*, predomina el tema de la oda LIII del teyano,

Στεφανηφόρον μετ' ἤρος

Buenas traducciones son el *Coro de los pastores* y el fragmento de las *Pastorales*, el *Idilio de la Primavera* de Meleagro, tan conocido por la traducción francesa de Sainte Beuve, la *Eutanasia* de Menandro, en que se canta la dicha de morir joven:

"Ου οἱ θεοὶ ριλοῦσιν, απθυήσκει νέος,

y es de lamentar que no hubiera vertido íntegramente al castellano la soberbia oda de Leopardi *Alla primavera*, contentándose con traducir solamente las dos estrofas *Vivi tu, vivi, o santa* y la siguiente: *Vissero i fiori e l'erbe*.

EGLÉ. Es triste el viento que gime entre las ramazones del sauce. En el tronco del árbol evocador de hondas melancolías vemos sangrar el nombre de Chénier, tallado por el estilete de una mano amiga. El poeta decora con un nuevo laurel la frente rebelde y magnífica del apolonida, y no contento con este homenaje al insigne bardo, ofrece una corona de acantos a su *Musa*.

Entre estos últimos poemas sobresale la silueta trágica y querida de *La Joven tarentina*, inmortalizada por el canto francés. Acaba la tercera parte de *El Jardín* haciéndonos oír, como el eco de una música lejana acompañada por las voces diáfanas de los griegos, dos coros del Edipo y un hermoso fragmento de Eurípides.

Agrego esta nota final, a modo de una sombra valbuenesca que hará resaltar más luminosamente la obra poética de Hispano; notando que no todos sus versos son igualmente armoniosos, ni igualmente felices todas sus adaptaciones, aunque se muestra generalmente tinoso al escoger sus temas, y a ratos, cuando le falta la inspiración, suele su estilo degenerar en prosaico, cosa que acontece a los poetas que, como Fray Luis, atienden más al fondo íntimo del poema que a sus galas externas, y no saben disimular con oropeles de forma las caídas de su estro. Raros son los anacronismos, que hemos anotado al paso, y más raras aún las impropiedades de dicción y de imágenes. Su estilo fluye límpido y sereno, sin caprichos extravagantes y sin retorcimientos.

EL CENTAURO. Baldomero Sanín Cano, en carta del 25 de mayo de 1906, le escribe al poeta: "... Las prendas de reflexión y de estudio paciente que revela su bello poema *El Centauro*, le quitan a la vivacidad de las imágenes y al profundo amor pagano con que usted ha resucitado la nítida leyenda. Hay estrofas que me han hecho vibrar con la misma intensidad que la prosa del maestro Maurice de Guérin." A este justo elogio sólo puedo agregar que, gracias al arte delicado y reflexivo de Hispano, el poema de Guérin ha adquirido carta de ciudadanía en las letras castellanas.

Una evolución consciente y benéfica se nota al estudiar la técnica del verso de Hispano; así, en la edición de *El Centauro* de 1906 encontramos algunos endecasílabos desarticulados que no corresponden siquiera al endecasílabo de *gaita gallega*, admisible en casos de armonía imitativa, como cuando atinadamente dice:

Sereno al declinar como el doliente
A tardecer de las constelaciones,

nada se puede alegar en abono de versos como éste:

Tembloroso de las rabias centaaras

y el propio Hispano corrigió, cuerdamente esos lunares, como era de esperarse de un hombre de su gusto, y así, leemos en la intachable edición de 1910 :

Después, mis brazos han ceñido el busto
Temblososo de indómitas centauras,

con lo cual se salva la armonía del verso. Pero cese esta glosa que peca de malévola.

Al doblar la última página del *Jardín de las Hespérides*, queda vibrando musicalmente en un oído el lírico trotar del Centauro.

Al terminar esta segunda parte de mi ensayo me despido del poeta con aquellas palabras de Leconte de Lisle :

... tu vois la plus magnifique des âges,
Qui s'épanouira sur le monde enchanté,
La ville des héros, des chanteurs et des sages,
Le temple éblouissant de la Sainte Beauté.

En otro artículo trataremos de *La Leyenda de oro* y de *Elegías caucanas*.

CIRO MOLINA GARCES

NOTAS LITERARIAS

SERMONES Y DISCURSOS ESCOGIDOS DEL DOCTOR RAFAEL MARÍA
CARRASQUILLA, BOGOTÁ — IMPRENTA DE "LA LUZ" — 1913

El ilustre autor de los *Sermones y discursos escogidos*, en una breve advertencia puesta al frente de su libro, con cristiana y sincera modestia hace por persuadirnos de que "jamás ha emprendido trabajo puramente literario, ni soñado en cultivar el arte por el arte, ni abrigado la loca pretensión de enriquecer las letras patrias. Su propósito ha sido *propagador y docente*. De otro modo no habría dicho una frase en público," y se nota en el doctor Carrasquilla cierto escozor de conciencia por haber dado a luz su muy bello al par que utilísimo libro, y nos repite y nos insinúa la idea de que no ha tenido pretensión literaria ninguna, porque "más humildad que soberbia revela quien coleccio-